

## DECISIÓN

Lema: GUADIELA

Aquella mañana me levanté decidido, por fin, a hacerlo. Hay despertares donde la valentía tirá de nosotros hacia adelante con la fuerza de un todoterreno. Hay momentos en la vida donde uno es capaz de lo indecible. Y aquella mañana un soplo optimista hacía hormigueos dentro de mis entrañas. El sol empezaba a entrar de puntillas en mi jardín. Sus rayos se esparcían tímidamente por entre el césped, la albahaca, las rosas y los frutales. Su luz acariciaba suavemente los cristales de las ventanas de mi chalet. El cielo era una explanada azul, sin nubes. Mi pensamiento era un torbellino irascible y voraz. Estaba dispuesto a terminar con el origen de mis dolencias. Necesitaba dar un cambio a mi existencia. Me era imprescindible tomar un nuevo rumbo. Y en las ramas de los árboles los pájaros se afanaban en sus músicas y ajetreos. Era primavera y en esa época la naturaleza es joven o adolescente y se empeña en mostrarse luminosa y jovial. Yo salí al jardín con la motosierra en mis manos. Una Stihl CN58 de 3,4 CV de potencia y una espada de 50 centímetros. Estaba dispuesto a todo. Avancé por una estrecha senda de cemento que bordeaba la finca. A mis espaldas, el edificio se levantaba majestuoso con su fachada de granito, con sus pilares dorados donde el sol acudía descaradamente a reflejarse, con sus balconadas largas y sus ventanas como ojos grandes y atentos. Divisé la piscina. Me acerqué. Quedé reflejado en su agua de espejo. Me miré sin compasión alguna. Mi rostro estaba deteriorado por la vida. Quizá por el vivir acelerado y sin frenos o por ese consumir la existencia locamente. Bordeé la piscina y seguí avanzando con aquella máquina destructora en mis manos. Estaba decidido a hacerlo. Topé con varios de mis perros y un sauce llorón que, al mirarlo, me animó en mi propósito. Continué andando por la acera de

hormigón en su busca. La temperatura de la madrugada subía en grados. Yo subía el parámetro de mi confirmación con aquel objetivo. Estaba claro: me lo iba a cargar.

Hacía más de nueve años que la casualidad, por suerte o por desgracia, me había hecho tropezar con él. Yo iba por la Nacional 320, dirección a Beteta, con mi Opel Astra. Había conocido una chica en Cuenca que vivía en Beteta y comenzábamos a vernos y a acompañarnos y a reírnos juntos. Esto último lo evoco con ganas. Al fin y al cabo aquella mujer, a quien abandonarían muy pronto, fue el principio de lo que me sucedería después. Bueno, no es que hubiese mucho tráfico aquel día. Pero, me salí de la carretera como si no hubiese conducido nunca. El accidente no fue grave. Un ligero deslizamiento por el campo antes de lograr frenar mi vehículo. Llovía débilmente, digamos que sin ganas. Recuerdo que salí del coche asustado como si huyese del infortunio. Es difícil describir la situación cuando es uno mismo el protagonista del siniestro. Me senté en el ribazo para tratar de recuperarme. No sé cuanto tiempo permanecí allí, sobre la hierba mojada y la lluvia acariciando mi rostro. Hay momentos en los que uno percibe el tiempo como pausa infinita. Y, de pronto, lo vi y por casualidad descubrí su secreto y pasó a ser el mío.

Las semanas siguientes las ocupe en adquirir aquella finca. No fue difícil. La información es advenediza y gratuita. Y después, quedar de acuerdo con el dueño fue cosa de no hacer regateos ni ponerse estrambótico. El amo de aquel lugar era una persona mayor, inocente, digamos que fácil de convencer y a quien no le costó desprenderse de su posesión. Vaya, como si se hubiese pasado la vida esperando un comprador para sus tierras. Eso sí, sin sospecha alguna del misterio que habitaba en aquellos campos. Así pensé entonces. Hoy, sin embargo, me quedan dudas; pero, prefiero no elucubrar sobre episodios pasados. Y con la escritura notarial en mi mano comencé a solicitar permisos, a cercar aquellos terrenos, a edificar el chalet, a construir un imperio. Comencé a llenar mi mente de proyectos, a resucitar sueños y mantenerlos con el vigor del entusiasmo. Sí, así fue.

Compré casas por diferentes zonas de España y comí en restaurantes carísimos. Surqué mares y bebí vinos excelentes. Cuando el dinero no es un obstáculo se llega a desearlo todo. Cuando la vida parece estar tan de tu lado uno se aprovecha. Y compré coches de alta cilindrada como quien se compra un libro o una golosina. Compré yates y compañeras de dudosa moralidad. Por aquel entonces las fiestas me fascinaban y acudía a ellas con la indolencia de quien se cree héroe o portentoso. Fue en ellas donde me topé con las drogas o ellas vinieron a por mí. La verdad, no estoy seguro ni de lo uno ni de lo otro. Lo cierto es que naufragué en ellas con la estupidez como estandarte. Pero, menos mal que apoyado por una persona a quien siempre estaré agradecido, logré separarme o incluso digamos que divorciarme de los estupefacientes.

Después, me dediqué a viajar por todo el mundo. Era, sin duda, lo que siempre había deseado. Desde Micronesia a Kenia o Nicaragua; desde Croacia a Canadá o Santa Lucía; conocí un sinfín de paisajes, rincones espléndidos, parajes, montañas, hoteles, gentes, monumentos, playas. Nada me detenía. El gusto por lo desconocido llenaba mis interiores. Aquellas avenidas amplias de las grandes ciudades absorbían mi atención. La multiplicación de tiendas caras mantenían mi curiosidad en primera fila. La ropa de etiqueta me atraía irremediabilmente. En aquella época, lo confieso, fui un adicto a los trajes. Lo poseía todo. Solo tenía que volver a mi chalet, una vez al año, para rellenar mis cuentas bancarias.

Más tarde, entró en mi cabeza la idea de realizarme como empresario. Cuando uno va efectuando las cosas que siempre ha deseado con ahínco, dejan de ser atractivas y van apareciendo en sus horizontes otros anhelos, otros porvenires donde dejarse llevar por las ilusiones. Construí, muy cerca de mi domicilio, una empresa de repostería. De esta manera el tiempo me llevaba de su mano, en volandas, con la satisfacción impregnándome por fuera y por dentro. Y estando entretenido en estos asuntos surgió el amor. Sí, creo que fue

amor o enamoramiento, no sé; que aunque no sean lo mismo son fáciles de confundir. Un amor, llamémosle así, que puso su venda opaca y alegre sobre mis ojos y mis sentimientos. Y estoy seguro que fui feliz. Luego, la convivencia transformó el amor en desamor y un martirio inaguantable me transportó a la soledad. Una soledad que iba consumiéndome lentamente como nos consume la propia vida. Nos separamos. Y, además, el setiembre pasado, todavía vivo en mi memoria, la cosecha, por diferentes circunstancias (plagas y enfermedades), fue tan escasa que movilizó mi pensamiento y mi corazón.

Aquella mañana, como ya he dicho, me levanté dispuesto a hacerlo. Con la motosierra en mis manos me dirigí al recodo donde se encontraba aquel árbol. Era un almendro frondoso, repleto de ramas y frutos. Arranqué mi Stihl de 3,4 CV con suma facilidad y, con la cadena afilada que bordeaba la espada de 50 centímetros, corté su redondeado tronco, casi a ras de tierra, con una rapidez sorprendente. El árbol cayó sobre el césped como un gigante vencido. Soplé como quitándome de encima un peso inaguantable. Se había desplomado el sostén de mi vida y, sin embargo, sonreí. Nada se parecía, aquel almendro, al que vi por primera vez cuando tuve el accidente con mi Opel en la Nacional 320, rumbo a Beteta y hacia aquella mujer que aún recuerdo. Entonces, el almendro, era todavía un bebé, apenas unas cuantas ramas con cuatro almendras. Almendras que, quizá atraídas por mi apetito, me puse a cascar y dentro de los caparazones descubrí sus pepitas brillantes y doradas.

Hoy, cuando escribo esto, han brotado del almendro cortado varias ramitas con hojas verdes que observo con expectación y que exhaustivamente cuido.